EL CERCO

POR

JOSE MARIA SANJUAN

1

Se revolvieron en el sofá, los tres al mismo tiempo, como tocados por un íntimo resorte. Pedro se acercó hasta la ventana y separó los visillos:

—Lo peor es la espera...

Desde el sofá, echado el cuerpo hacia atrás, contra la pared, Marco sonrió.

—Ya se sabe, es lo de siempre...

Hablaban cortando las frases, sonriendo, echando fuera el aburrimiento que les iba consumiendo poco a poco. Pedro dejó los visillos quietos.

—Eso, mejor será que dejes de mirar a la calle—aventuró el otro, un moreno alto y espigado.

Sonrieron otra vez, sintiéndose cómplices, dirigentes de una conspiración. Julián, el moreno, miró al reloj.

—Las cinco. Llevamos más de una hora así.

Los otros dos no le contestaron. Pedro se puso a silbar. Marco encendió un cigarro.

—Dos horas es mucho tiempo—siguió murmurando Julián.

Pedro dejó de silbar.

—Ha dicho que viene, y viene, claro.

El que había encendido el pitillo tragó humo y luego echó la bocanada al aire, haciendo circulitos.

—A ver si ahora resulta que no vale ni un penique.

Pedro le miró con suficiencia.

—Eso se nota en seguida, chico.

—¿Que se nota? ¿Cómo?

—Por la voz, hombre, por la voz. Así distingo yo a todas.

Marco le observó a través del humo del cigarro, con desprecio.

—Tú lo sabes todo; eso, lo sabes todo.

El otro, el moreno, se levantó. Cogió una botella de la estantería y se sirvió en una copa.

—Mataremos el tiempo de alguna manera.

La radio, al fondo del cuarto, iba soltando música y anuncios, a empellones, con rapidez de vértigo

—¡Quítala!; me pone nervioso.

Pedro se levantó y cerró el aparato. Sonrió a sus compañeros.

—Ya está. ¿Quieren algo más los señores?

Se callaron. Entraba por la ventana una luz tenue, tamizada por los visillos.

—Yo las conozco en seguida, por la voz. La voz es como la radiografía de las mujeres, ¿entiendes?

Marco hizo un gesto de aburrimiento. Sonó fuera el frenazo de un automóvil al tomar la esquina de la calle.

—Ese ha dejado señal de llanta, ya veréis.

No le hicieron caso a Julián. Julián, el moreno, hablaba poco porque le gustaba más imaginar, darle vueltas a la cabeza y tramar ideas y largas historias. Lo del anuncio fué idea de Julián. Se lo contó a los otros y se quedaron con la idea. La cosa estaba bien. La cosa prometía mucho y los tres se quedaron con la idea de Julián.

—La radiografía, ¿comprendes?, eso...

A Marco le molestaba un poco la suficiencia de Pedro. Pedro sabía más de esas cosas, y lo sabían todos; incluso Marco y Julián.

—Tú te metes bien la voz dentro y la estudias. En dos minutos sabes hasta qué número de zapato calza, y más, claro...

Sonrió. Marco no sonrió, porque Pedro le molestaba con sus teorías de la voz y de las chicas.

2

Julián pensaba, lo había pensado toda la semana, que la idea había nacido en él sin darse cuenta, como caída del cielo, así por las buenas. Se la contó a los otros y la aceptaron. Así daba gusto. Sin contradicciones, sin discutir adónde se iba hoy, qué chicas eran buenas para esto o para lo otro. La idea solucionaba muchas cosas, un domingo por de pronto. Luego, ya se vería.

A Julián le gustaba que de vez en cuando sus cosas, sus ideas, gustasen a los otros, sobre todo a Pedro. Cuando se conocieron, Pedro le había bautizado, llamándole «el soñador».

—¡Eh!, tú, soñador.

Se habían reído todos. Era en otoño, recién comenzado el curso. Sí, era cierto. A Julián le gustaba darle cuerda a la cabeza y sacarse luego de la manga cosas fabulosas, ideas con salsa.

—¡Eh!, tú, soñador.

Al tercer día de llamárselo —de eso haría tres años por los menos—, Marco se encaró con Pedro.

—Al chico déjalo en paz.

Julián callaba. En el fondo le gustaba que le llamasen de alguna manera peculiar que le distinguiese de los demás.

Sonó fuera, en la calle, el chirriar de las ruedas, agarradas al asfalto.

—¡Qué tío! Se mata... Ese ha dejado rastro, ya veréis.

No lo hacían mucho caso a Julián. Los otros dos preferían no contestarle nada.

—¿Será ella? —aventuró de nuevo Julián.

—¡Enternecedor!... Una chica de servicio llega a su domicilio en automóvil.

Rieron la gracia de Pedro, hasta Marco también.

La calle estaba solitaria. De vez en cuando el grito estridente de un automóvil cruzaba su silencio y se perdía detrás del parque, al otro lado de la avenida.

Se habían vuelto a callar, masticando a solas su aburrimiento. Marco se levantó del sofá y cogió el periódico. Miró el recuadro y volvió a leerlo.

—Te lo sabes de memoria, ya...

3

A Chente se lo habían dicho la noche anterior, el sábado, en la tertulia del bar.

—A mí no me metáis en líos, ¿eh?

—Pero si nadie te mete en nada...

—Solamente tienes que darnos la llave y dejarnos el piso durante la tarde.

—Tú vete tranquilo...

—A mí los líos esos, no. ¡Qué uno es viejo!

Chente era mayor. Era quizá el mayor de la pandilla. Chente no usaba el piso aquel fin de semana.

—Tú vete tranquilo con tu chica...

A Chente le halagó que los demás supieran, sin él mentarlo, lo de «su» chica.

—¡Buen asunto!, ¿eh?

Bebieron más vino en el bar. Pedro lo arregló.

—Tú tranquilo, Chente. Tú nos das la llave y asunto arreglado. Ya verás...

4

«Estará bueno que luego el periódico diga: muchacha violada por tres sujetos en un piso de las afueras de Madrid. Estará bueno sí, que los titulares lo digan por todo lo alto. Hablarán de engaño, de todo... —lo pensó para sus adentros y sonrió—. Julián imaginaba montones de tinta fresca, de linotipia caliente proclamando el suceso. «Y a nosotros que nos echen un galgo, ya...» Luego pensó que a lo peor Chente se vería complicado. Pero Chente era un buen chico y no diría nada. Además, en último caso, para eso estaba Pedro, para impedir que el otro dijera algo. «Los periódicos suelen darle mucha coba a estos asuntos —siguió pensando—. Estará bueno que luego compremos el periódico y diga eso: Muchacha forzada...»

Se sobresaltó, echando a rodar sus pensamientos.

—¿Han llamado? —preguntó con una voz apagada.

Tú estás loco, muchacho —le contestó Pedro.

—Pues yo creí...

—¡Anda!, que tú también eres fácil para la radiografía...

Se llenaron los vasos. La tarde se iba apagando poco a poco, dejando rescoldos calientes en la calle, junto a los muros, en la acera, en el alquitrán mordido por las llantas de los automóviles.

Julián, en pie, junto a la ventana, echó una ojeada al anuncio del periódico. «Se necesita chica... Llamar al número...» La idea era buena, y Julián estaba contento.

Marco se acordó de la llamada. El teléfono sonó cuando ellos estaban arriba, jugando a las cartas. Se puso al aparato, haciéndose pasar por un criado. A Marco le entró risa, pensando en lo del criado.

—¿Qué ocurre? —Pedro le miraba fijamente, mientras el otro sonreía.

–Nada.

Pedro elevó los hombros, torció el gesto. Julián, al fondo, hizo lo mismo.

—Mejor será esto que llorar, digo yo.

Luego había bajado Pedro para atender la llamada. «De las tres en adelante, cuando quiera...»

La cosa estaba bien planeada. Se frotaron las manos de contento. «Cisco», el del bar, les subió unos bocadillos y vino. Comieron allí, en el piso de Chente. Marco se acordó de todo. Cerró los ojos y suspiró.

5

El timbrazo, largo, repetido, llenó la habitación de sobresalto. Pedro se incorporó violentamente.

—¡Quietos! Voy yo.

Marco y Julián obedecieron, abriendo bien los ojos, siguiendo con la mirada al otro.

Pedro se acercó con cuidado a la puerta del cuarto y avanzó por el pasillo.

Julián pensó que era bueno eso de encerrarse con una chica, así a solas. Marco se tumbó largo en el sofá, imaginando lo mejor, lo que vendría. Le gustaba sentirse encerrado, a la espera.

Pedro, abierta la puerta de par en par, contrajo el gesto y notó cómo su cuerpo no se mantenía bien, rígido y tieso. La reconoció en seguida, como un presentimiento vago y lejano. Haría cinco años seguramente... Habían salido juntos una temporada. Una buena chica, sí, una buena chica. Quiso adelantarse a todo, pero no pudo.

—Yo venía, verá, el anuncio...

Pedro dijo algo, no sabía el qué a ciencia cierta. Algo que cortara aquello, que evitara las palabras de la chica, algo que taponara la sangría.

—Yo, verá...

Hizo un ademán de cerrar la puerta, así, sin dar explicación. Notaba un mareo que le rondaba todo su cuerpo de gigante. La chica, a metro y medio de distancia, hizo un gesto extraño, de ignorancia.

—No, no, se equivoca; ¿anuncio?, no, no...

Cerró bruscamente, sin tiempo a nada. Pasaron unos segundos. Luego notó las pisadas de la muchacha, calle abajo, sobre el alquitrán mordido por el sol de media tarde.

Entró en la habitación. Los otros le miraban con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

Se detuvo. Miró a los amigos. Luego se sentó en el sofá.

—Nada... Una equivocación.

Parecieron no darle importancia. Julián sonrió aburridamente.

—Bueno, ¡esperaremos!

José María Sanjuán
Asunción Castell, 24
MADRID-20